

Ruinas sobre *Ruinas*

Nicolás Agredo

*Se van, se van
las casas viejas queridas
de majestad, han terminado sus vidas
Llego el motor y en su roncar
ordena y hay que salir
El tiempo cruel, con su buril
carcome y hay que partir.*

Francisco Canaro

El objeto de este proyecto es el de hacer una reflexión acerca de lo que implica evidenciar lo “ordinario” en un contexto de complejidad urbana. El enfocarse en lo ordinario permite descubrir la belleza de lugares que se han convertido en una huella del tiempo y una parte efímera de lo que alguna vez fue Bogotá; paisaje ciudadano que posiblemente en un futuro dejará de existir. Recorridos diarios sobre la carrera séptima por la localidad de chapinero han sido el trabajo de campo para este proyecto, usando la fotografía como principal herramienta para capturar lugares emblemáticos, resaltando esa belleza dentro de la ruina, el pasar del tiempo y el caos de estos.

*“La vida se extingue, las fotografías prevalecen para siempre.
Revivamos nuestra Bogotá antigua por medio de sus imágenes”.*

Manuel Humberto Rodríguez.

Situar las historias de una ciudad en particular, muchas veces implica revisar los archivos orales, testimoniales, escritos o fotográficos que cuentan una versión subjetiva – que a menudo se vuelve objetiva- de las acciones que dieron lugar a una serie de sucesos ubicados espacialmente.

La capital de Colombia, Bogotá, una ciudad configurada por las migraciones, es el ejemplo perfecto de los movimientos de historias que dan vida a las grandes ciudades. Desde su configuración territorial como municipalidad, su evolución urbanística ha sido evidenciada por quienes han estado presentes en el día a día de la rutina, muchas otras han sido escritas a manera de crónica y finalmente las fotografías dieron lugar a un conjunto de insumos que dan cuenta de lo que es ahora la ciudad.

Un recorrido hecho a partir de chapinero, las calles que camino, mi universidad y todo lo que conforma el recorrer la ciudad como excusa del querer dibujar, poder encontrar una fascinación visual donde pueda retratar un objeto a través de mi cámara,

hacen que mi percepción sobre la ciudad y todo lo que la constituye cambie de gran manera.

No sé si sea porque nunca había pensado en ello o quizás por lo disperso que llego a ser, pero esta mirada de admiración sobre Bogotá logra en mí toda una nueva fascinación tanto de las calles que recorro y todas sus características que las conforman; como eran antes las casas que hoy lucen abandonadas, en ruinas; el pensar como era hace 50 años la carretera séptima que hoy en día cruzo en mi cotidianidad y como esta estética ordinaria construyen todo un arte en el paisaje urbano muy diferente de lo que percibimos diariamente.

Antes de hablar de mis intenciones como artista, debemos saber...

¿Cómo llegamos al chapinero que hoy conocemos?

Contar la historia de una ciudad, es en muchas ocasiones, contar la historia de todos aquellos factores que intervinieron para su configuración en el tiempo y espacio. Bogotá, una ciudad que ha tenido profundos cambios sociodemográficos y por tanto espaciales, se consolida como un lugar de recepción de cientos de personas al día que asume la carga de una idea configurada por el progreso económico expresado en su forma de establecer territorio.

Así pues, relatar una parte de la historia de Bogotá, es contar la historia de una de sus vías más representativas, testigo de las transformaciones de una urbe que tiene el pasado de sus habitantes Muiscas y de la colonización española y mestiza.

La carrera séptima inicia al sur en la cuenta del río Tunjuelito, un espacio al que fue extendida durante los años ochenta para aumentar las rutas de transporte de las comunidades del sur de Bogotá, y finaliza en el barrio Gratamira, al norte de la ciudad. Su

extensión amplia, ha visto el avance de la ciudad y por ende las dinámicas propias de sus habitantes, unas de ellas ha sido la apropiación de los espacios para recreación y configuración de unidades habitacionales. De esta manera, surgen barrios en el centro-norte entre el siglo XVIII y principios del XIX, uno de ellos es Chapinero, que adquiere su nombre en el año 1812 por un hombre originario de Cádiz, que tenía como oficio la creación de chapines.

Por otra parte, este territorio ha estado habitado por grandes terratenientes de origen español que tenían como intención la creación de fincas para su descanso del ajetreo citadino; además, allí se asentaron comunidades religiosas como los dominicos o jesuitas, que encontraron en estos terrenos –rodeados por afluentes hídricas y prominentes espacios verdes- el sitio ideal para ubicar sus espacios académicos.

Es así como, actualmente, se ha consolidado como una zona comercial, financiera, con algunos espacios habitacionales, la mayoría caracterizados por edificaciones de uso estudiantil o de turistas. Estos cambios en el uso del terreno de chapinero, han mostrado una planeación territorial acelerada y desordenada, en donde predomina la eliminación sistemática de las zonas verdes y espacios naturales. Un ejemplo de ello se encuentra al revisar archivos fotográficos del territorio a principios del siglo XX, cuya característica predominante era la presencia de espejos de agua y zonas boscosas.

De acuerdo con Edmundo Pérez la constitución de espacios urbanos en una ciudad como Bogotá, debe estar configurada por su relación entre la ciudad-campo y la manera armónica como esta se constituye, pues para él:

“un aspecto importante en la apreciación y calidad del paisaje urbano radica en el tratamiento, presencia y conservación de los espacios y elementos naturales que conforman la estructura verde de la ciudad”¹

¹ Pérez (2000). *Paisaje Urbano en nuestras ciudades*. P.35.



Fuente: Archivo de Bogotá. Vista Barrio Chapinero año 1918.

En este contexto, en un sector como Chapinero, los cambios en el tiempo relacionados con los usos del terreno atravesado por la carrera séptima -también llamada camino real, calle de las montañas o calle Alberto Lleras Camargo-, han transformado de manera significativa no solo el asentamiento poblacional por la disminución acentuada de las zonas verdes como espacios ya sea de cultivo o recreación, sino que han generado unos nuevos imaginarios sobre este espacio.

Es así entonces que para intentar obtener una explicación a las condiciones actuales de algunas unidades habitacionales que fueron construidas durante principios del siglo XX y que han sobrevivido a los cambios paulatinos del territorio, es inevitable primero el entender y valorar las características sociales, económicas y culturales que han atravesado el espacio y de esta forma, realizar un acercamiento a las razones por las cuales estas han llevado a constituir un paisaje urbano lleno de contrastes.

Sucede entonces que las casas quintas van perdiendo su lugar para la segunda etapa que inicia en los años 30: un grupo considerable de ellas por falta de mantenimiento físico y económico por parte de los descendientes de sus dueños originales, y otras abrirán paso

a zonas urbanísticas que permiten mayor asentamiento habitacional. La decisión del alcalde Gaitán en el año 1936 de consolidar el famoso Lago, que recibiría su apellido, refleja la consolidación del territorio como un espacio lúdico y de “descontaminación”, en donde se configuran los paisajes naturales propios de los cerros orientales y las fuentes hídricas, aumentando la confluencia de personas para temas propiamente comerciales.



Chapinero año 1965.

La consolidación de Chapinero como un barrio de Bogotá en el año 1965, trajo consigo un avance de grandes constructoras en el terreno que rodea la carrera séptima y los cerros orientales. Para esta época el lugar acoge movimientos culturales como la cultura hippie – de la cual queda como conmemoración el nombre del parque ubicado en la calle sesenta con séptima-, además de otras expresiones sociales que configuran la zona como un espacio de rumba y por consecuencia se aumentan las obras de urbanización basadas en la construcción de edificios y se asfaltan muchos espacios verdes como el ya nombrado Lago Gaitán, entre otros.

Con este aumento de actividad comercial, llegan los bancos y las empresas de telecomunicaciones que se instalan en lo que antes era conocido como el límite Bogotano:

la calle 72. El escritor Andrés Ospina, en un artículo del año 2017 titulado “La historia de Chapinero” manifiesta también esta etapa del territorio indicando su evidente transformación: “el viejo, señorial y aristocrático Chapinero fue transformándose en el colorido ‘Chapiyork’ y ‘Chapigay’ de hoy. También aparecieron los primeros y muy evidentes asomos de deterioro. Las casonas mutaron a edificios.”.

Mi encuentro con Bogotá...

El querer abarcar mi territorio como fuente de trabajo artístico, me lleva al punto de realizar diferentes ejercicios dentro de la relación de mi recorrido y yo como individuo; todo empieza haciendo una cartografía a partir del discurso de Francesco Careri en *Walkscapes, el andar como práctica estética*, cuando él expresa el andar desde un sentido técnico y sistemático.

Este primer momento frente al concepto territorio y recorrer, genera en mi un encuentro con toda una genealogía entre lo transcurrido de mi vida y mi trabajo como estudiante de artes.

Este mapa lo desarrollé construyendo una línea desde mi infancia en el primer instante en que las artes entraron en mi vida y él seguir ese camino de cómo y por dónde llevé todo lo relacionado con el dibujo; ya que eso fue lo que hice los primeros años; incluso hasta finales del colegio que luego dejé de hacer y solo retomé al empezar la carrera de artes visuales.



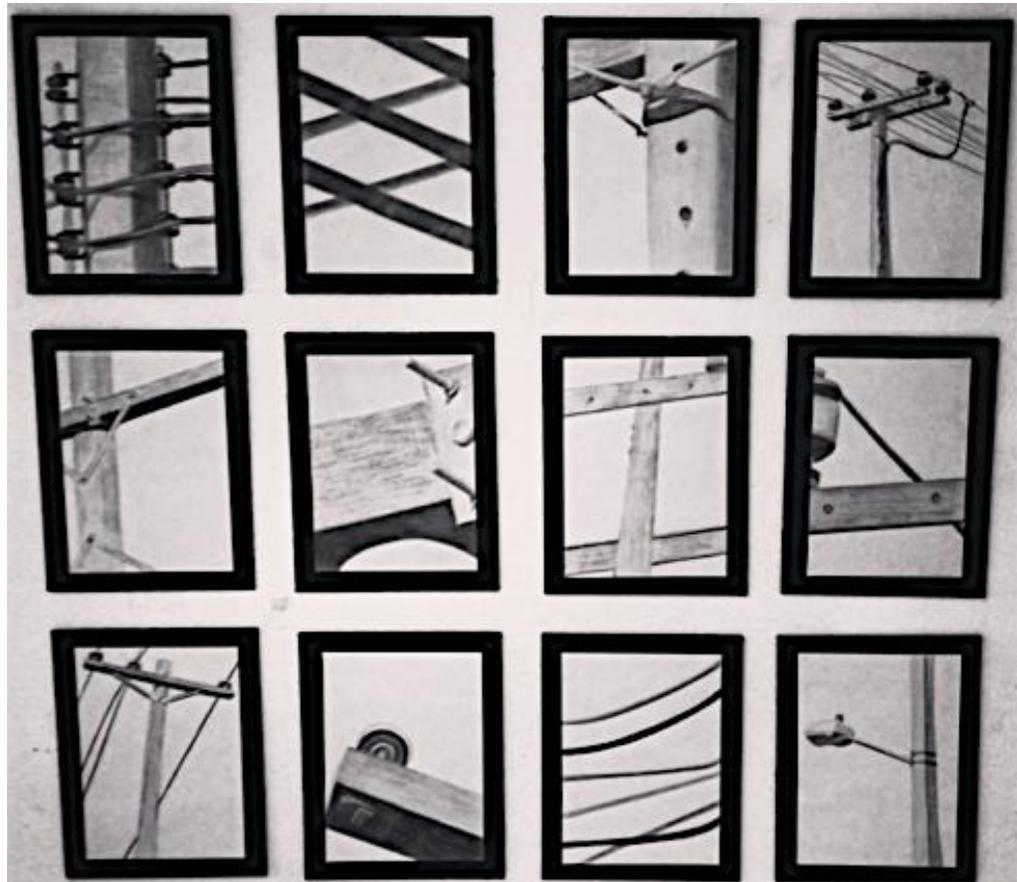
Cartografía realizada en mi bitácora donde desarrollo una genealogía desde mi niñez hasta mi vida universitaria

En ese momento, encontré todo un panorama de mi vida en general, el que busco como estudiante de artes -enfanzado en los trabajos que he hecho tanto a nivel académico como personal-. Llegando a la evidenciar dentro de mi proceso creativo como estudiante de artes; lo que el territorio, el espacio y la ciudad impactan en mí, tanto de una forma u otra en un nivel personal. Soy de Ibagué y en mis primeros años de infancia mi dibujo siempre expresaba mi cotidianidad de manera fantasiosa, recreaba a mi familia y amigos en historias distantes de la realidad, era algo que hacía diariamente por diversión, luego en mi adolescencia, viviendo en Estados Unidos encontré en la fotografía y en el cine toda una fascinación visual y estética entre lo urbano y lo abstracto.

También, es importante reconocer que nuestras ciudades han sido edificadas en las ruinas de otras, y que estas son a su vez reflejo de otras historias que las antecedieron. La ruina representa la línea de tiempo de todo tipo de construcción y a su vez un entorno de desarrollo que está en proceso de renovación. De esta manera, su imagen se ha vuelto un elemento inquietante que, aunque posea una gran tragedia de trasfondo, nos busca y nos deleita de forma visual y es que los restos tienen esa carga simbólica, precisamente porque están representados por su historia y el hecho de no querer ser olvidados.

De aquí, que las configuraciones urbanísticas como las de la carrera séptima a la altura de Chapinero, se pueden entender como evocaciones a un pasado que no nos pertenece y en el que no es posible identificarnos, también es lo que muchos autores llaman *lugares de memoria*, que para Marc Augé citando a Nora nos entrega una reflexión al respecto: “Pierre Nora, en su prefacio al primer volumen de los *Lieux de mémoire*: lo que buscamos en la acumulación religiosa de los testimonios, de los documentos, de las imágenes, de todos los <signos visibles de lo que fue> dice fundamentalmente, es nuestra diferencia, y en el espectáculo de esta diferencia el destello súbito de una inhallable

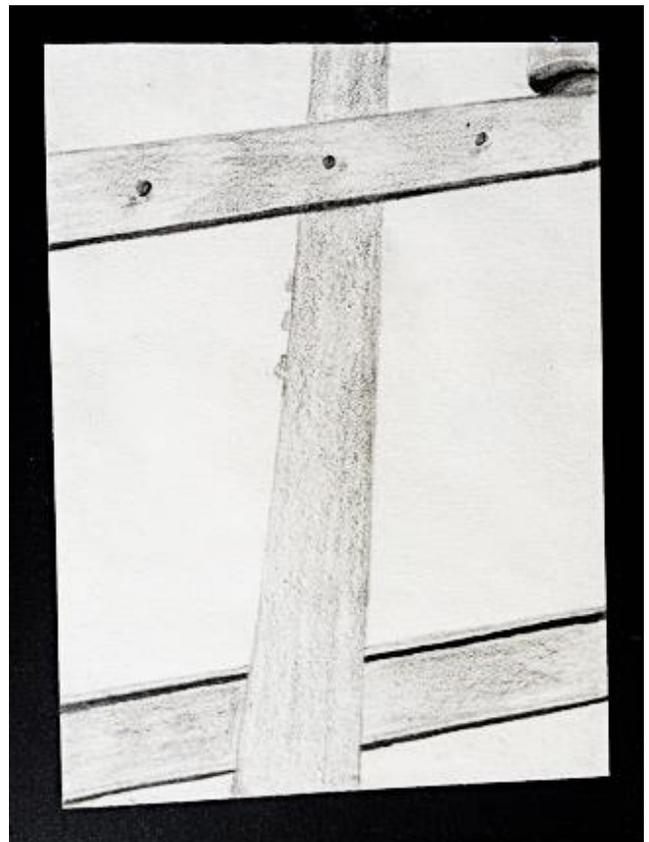
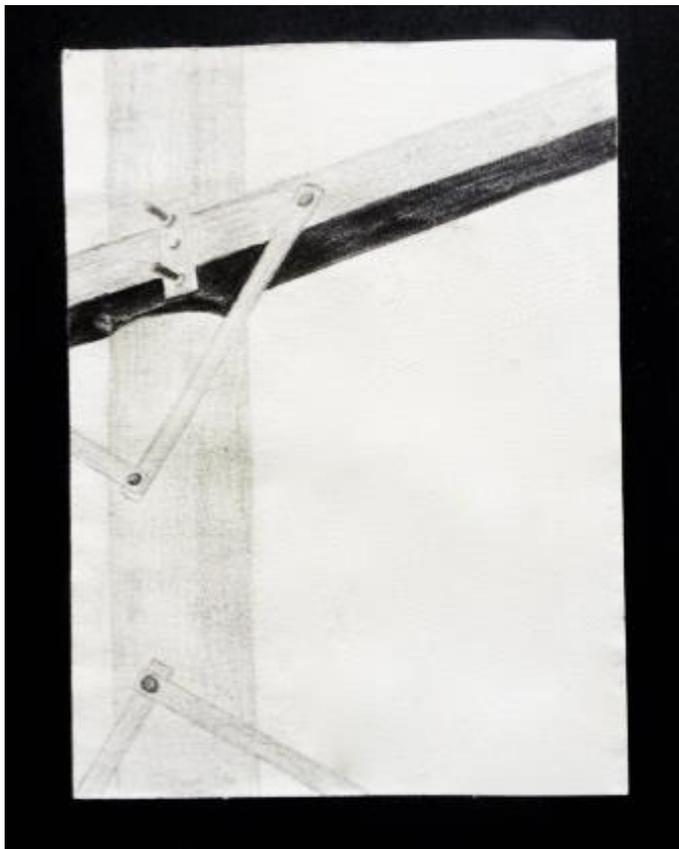
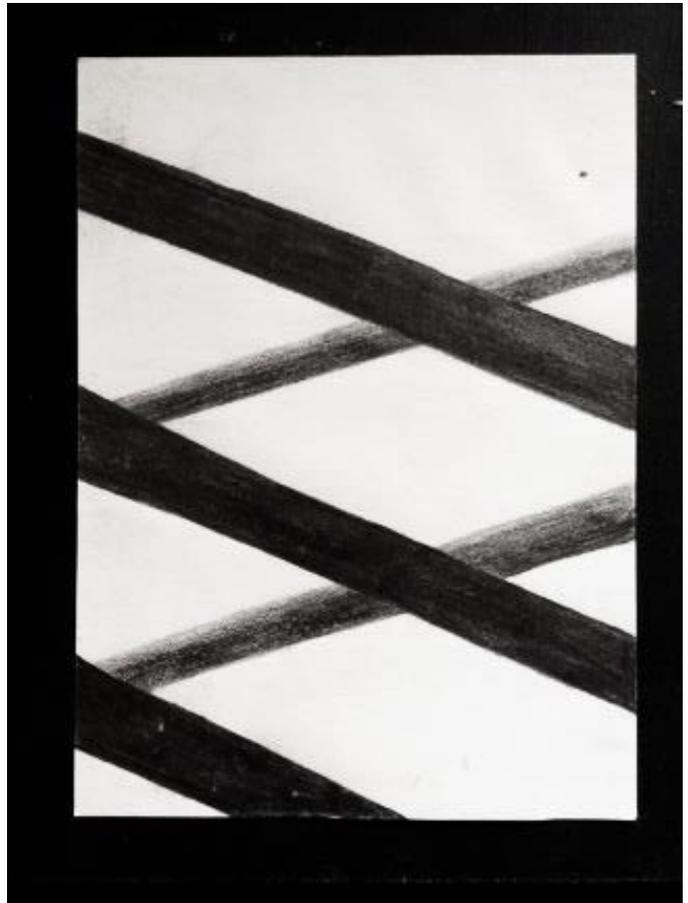
identidad. Ya no una génesis sino el desciframiento de lo que somos a la luz de lo que ya no somos"²



"Espacio"
Serie de Dibujos
Grafito sobre papel

Espacio es el título a una serie de dibujos que hice en uno de mis primeros encuentros inconscientes que tuve con el espacio como territorio y mi recorrido del día a día. Desde aquí de una forma impulsiva y sin llevar un discurso argumental para dibujar algo específico, divagando empiezo a tener una atracción visual frente a estos objetos ordinarios que conforman la carrera séptima que es casi, por no decir la única que camino todos los días, rutina que se ha convertido en parte fundamental de mi trabajo como estudiante de artes.

² Augé (2000). *Los «no lugares» espacios del anonimato*. P.17



Desde la fotografía, admirando esta composición visual que los postes de luz pueden aportar a nuestro paisaje urbano, he ido capturando las diferentes formas, composiciones y configuraciones gramáticas que logran estos objetos ordinarios dentro de nuestro paisaje diario. Siendo consciente de lo que quiero retratar y el tener esa mirada frente a un objeto que prácticamente omitimos en nuestros recorridos, porque a la vista de un espectador son simples objetos comunes que solo cumplen su función de iluminar las calles y el conectar todo tipo de cables.

Mi intención es sacar de ese concepto los postes de luz y llevarlos a otro punto de observación, donde se vuelven objetos de admiración como parte de toda una composición visual.



Muchas de estas edificaciones hacen parte de esta modernidad convulsionada que constantemente nos lleva por el afán a la búsqueda de significados a cada una de las acciones que emprendemos. En esta coyuntura, Marc Augé habla de estos movimientos sociales y culturales desde una percepción antropológica, en la que sitúa los espacios físicos como lugares que tienen distintos sentidos y que por tanto, se recrean en lo que el autor refiere como *no lugares*, y que los define: así: “se ve claramente que por “no lugar” designamos dos realidades complementarias pero distintas: los espacios constituidos con relación a ciertos fines (transporte, comercio, ocio), y la relación que los individuos mantienen con esos espacios.”³

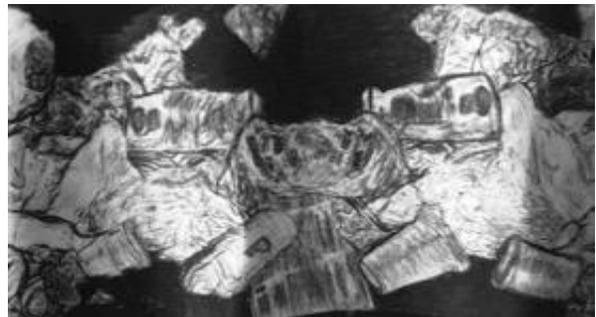
Lo anterior, permite comprender ese interés suscitado por las ruinas o los espacios que se mantienen en un espacio físico y son reflejo de las acciones que afectaron el lugar de una manera voluntaria o involuntaria, pues ellas son parte esencial de las historias que buscamos recrear y que son parte de este espacio transformado por nuestras decisiones.

En este sentido, las ciudades se encuentran en una especie de atadura. Desde un lado están sometidas a una faceta oficial, y desde otro, están sumergidas en aquello que es desconocido u ordinario. Cuando menciono el concepto de “faceta oficial”, este lo interpreto como esa parte que se conoce, ese andar por las calles que me lleva a los lugares que habito en mi cotidianidad, y por otro lado esa faceta de la ciudad que nunca habito, esos lugares que desconozco. Esta cara opuesta de la ciudad, estas características ordinarias de la ciudad que muchas veces el habitante común siempre ignora o desmerita, sin llegar a apreciar todo el trasfondo de ciertas características que cuentan mucho sobre la ciudad misma.

³ Augé (2000). *Los «no lugares» espacios del anonimato*. P.52



Estos dibujos hacen parte de toda una serie de bocetos en mi bitácora, donde al recorrer la séptima intentaba buscar dentro de la basura una composición visual llena de figuras, texturas y el querer construir de lo desagradable, algo atractivo.



Continuando con mis experiencias personales y académicas, al salir a la universidad, al encontrarme con amigos, siempre el paisaje urbano fue esa constante inquietud en mi fascinación visual, hasta el punto que el divagar por las calles, observar edificios, casas abandonas, publicidad por todas partes, se volvía parte de algo que me atraía constantemente y fue esa misma necesidad del recorrido dentro de lo urbano lo que me llevó a considerar la cartografía dentro de mi proceso creativo.

Fue entonces que al querer construir un mapa de mis recorridos los desarrollé de forma impulsiva al intentar de una manera u otra capturar mi cotidianidad, mi territorio desde una perspectiva más íntima y el empezar a tomar fotos de mi sombra en las calles

que recorro día a día se convierte en un registro constante de ese gesto personal e íntimo que ayuda a construir mi territorio, mi espacio y mi propio discurso dentro del proceso creativo.



Una cartografía desde una mirada íntima, abstracta, casi fantasmagórica de lo que es mi encuentro físico dentro de mi territorio cotidiano.

Yo no soy de Bogotá, nací en Ibagué. Toda mi vida visité la capital de Colombia de forma seguida, pero no fue hasta acabar mi bachillerato que terminé viviendo en esta ciudad, para así empezar mis estudios universitarios. Sin planearlo en estos 5 años viviendo en Bogotá, la carrera séptima había estado a solo unos pasos de mí, de mi apartamento, ni decir la Universidad Javeriana que se encuentra sobre esta misma.

Al caminar para llegar a mi casa, el recorrer esta calle para ir a comer o encontrarme con amigos, es inevitable no empezar a ver todos lo que conforma esta ciudad, desde una mirada detallada y reflexiva, hasta llegar a un punto en perderme en cada fragmento de esta; apreciando cada característica ordinaria, queriendo construir todo un imaginario visual, teniendo de base lo que todo lo que el espacio urbano me puede ofrecer: casas abandonadas, publicidad por montones, grafitis, postes de luz y basura por doquier.

Dentro de toda esta nueva apreciación siempre logré percibir como los bogotanos y las personas que habitan esta ciudad en su cotidianidad llegan a ver todas estas características desde una mirada de repulsión. Los miran como lugares abandonados que les generan temores; como todas las personas que caminamos y atravesamos la Séptima día tras día, al pasar los meses y los años habitando esta ciudad logró redefinir una nueva percepción dentro de esta experiencia caótica y volverlo en una experiencia de admirar el tiempo y la belleza dentro de la ruina.

En este contexto, me pregunto ¿qué pasaría si quitaran los todos estos miedos que envuelven a una ciudad caótica y lo lleváramos a otro plano donde los sentidos estuvieran sin ninguna presión? En este ejercicio que realicé, recreo todo el proceso de la experiencia misma de atravesar la carrera séptima utilizando un estudio de grabación proyectando a gran escala un video en el cual se mostraba este recorrido.

Al hacerlo junto a 3 espectadores se empezó a generar toda una nueva experiencia; un momento en que ellos empezaban a reconocer todas esas características interactivas que tiene la ciudad sin afán de llegar a algún lado específico y sin temor de que si atraviesas una parte ordinaria -“desagradable” a primera vista- te veas en la necesidad de cambiar de anden por no querer atravesar estos lugares abandonados; espacios ordinarios que rechazamos al sentirnos inseguros dentro de nuestros recorridos diarios.

Este ejercicio condujo a toda una experiencia ordinaria, pero cotidiana a otro nivel de apreciación, incluso nos llevó a un momento casi lúdico, donde solo querías experimentar, apreciar y sentir los diferentes estímulos visuales que obtienes como premio al caminar por la mitad de dos calles.



El querer llevar una experiencia ordinaria a algo extraordinario, es en esencia de lo que se trata mi trabajo como artista y me lleva a reflexionar sobre esas áreas de la séptima que adquieren características ordinarias, de rechazo o incluso de abandono en nuestro paisaje urbano; el buscar dentro de estas todo lo opuesto que pueden generar en un espectador común, en alguien que atraviese la séptima diariamente y nunca llega a percatarse del verdadero valor que se puede apreciar en las fachadas de casas o edificios supuestamente deshabitados, algunos están en venta, otros son utilizados como parqueaderos improvisados.

De igual forma, me topé Incluso con edificaciones que tenían su propia vigilancia privada, ¿para qué?, no lo sé. Algunas estructuras dan pie a múltiples prácticas y apropiaciones artísticas. Propiedades casi en ruinas siendo una huella efímera de lo que alguna vez fue la carrera séptima en Bogotá y que con el tiempo ya no estarán y seguramente serán reemplazados por estructuras de concreto nuevas o renovadas.





Fotografías análogas capturadas por mí, que pretenden registrar todo aquello catalogado como ordinario, pero que logran marcar una huella dentro del paisaje urbano, algunos referentes de la memoria de un pasado en Bogotá y otras una huella efímera de lo que dará pie en unos años a nuevas edificaciones.



es...

La mayor parte de estos sitios se encuentran en un alto estado de deterioro. Algunos representan el auge de las casas quintas de un momento histórico que muchos, y me incluyo, desconocemos en gran parte. Es así como de alguna forma, su estado actual es producto de los diversos conflictos familiares que se han suscitado en estos predios.

Ejemplo de ello: en la calle 65 se erige uno de estos predios; el que solo es recordado y valorado en tiempos de los litigios jurídicos por su posesión, situación que se repite sin parar, construyendo un cumulo de historias vecinales cuyas tramas no hacen sino alimentar el desprestigio y la disposición para la creación de ambientes conflictivos que perjudican a este espacio urbano.

Esta relación entre las condiciones socioeconómicas y culturales de una familia y los procesos de urbanización, evidencian “los efectos de expresión material de los procesos sociales y de poder, así como las relaciones de producción se manifiestan en nuestras ciudades a través de una gran diferencia y contraste en la calidad, estética y valor de uso del espacio construido y natural.”⁴

Por otra parte, otros predios ubicados entre las calles 44 y 46 son reflejo del tercer momento histórico de la localidad: el aumento del comercio generando deterioro. Estas edificaciones propias de los años 60 y 70, se encuentran en su mayoría abandonadas por efectos de



fenómenos sociales como la *pobreza oculta*⁵ o litigios de posesión que han marcado el

⁴ Pérez (2000). Paisaje Urbano en nuestras ciudades. P.34.

⁵ En Bogotá se reconoce este fenómeno en personas de estratos 4 o 5 que, aunque poseen vivienda propia, algunas de tipo patrimonial, heredadas en su mayoría, no cuentan con ingresos suficientes para cubrir obligaciones como manutención de la vivienda.

abandono de los mismos y su apropiación por parte de diferentes sectores artísticos culturales, que ven en estos predios, un lienzo importante para sus expresiones.

Ahora bien, las fachadas objeto de esta reflexión, dan cuenta de actos que buscan perpetuar su huella y quizás contar una historia nueva, pero para transeúntes y habitantes representan una situación de marginalización de la zona, frente a esto Pérez citando a Lynch indica que “en el paisaje urbano se destacan elementos arquitectónicos y urbanos que son fundamentales para su valor perceptual e identificación de la memoria urbana, como son las edificaciones y espacios que tienen la función de símbolos, hitos, ejes, nodos, mojones y lugares abiertos de encuentro y recreación como plazas, plazoletas, parques.”⁶.

De lo anterior deriva que “La calidad del espacio público juega un papel decisivo en la calidad del paisaje urbano” y esta noción de calidad está dada por la protección de los espacios patrimoniales, la configuración armónica de lo natural y urbano, la promoción de espacios ambientales de recreación y la construcción de edificaciones que respeten el valor de uso actual del espacio.

Por tanto, un compromiso con la historia que rodea la localidad de Chapinero y en especial la carrera séptima, se debe forjar desde la protección de su componente social; constituido por las personas que han permanecido desde hace más de cuarenta años en el sector y por todos aquellos que han llegado al espacio por diversas razones de emplazamiento.

En este contexto, es perentorio que los entes gubernamentales asuman el cuidado de los predios –antes habitados- que tienen un valor patrimonial como el caso de Villa Adelaida, o de aquellos que son simplemente icónicos, por el simple hecho de hacer parte de las reflexiones, memorias o imaginarios de los transeúntes. Además, es necesaria la generación de espacios públicos que permitan la recreación en ambientes naturales,

⁶ Grigoriadou (2012). *El espacio urbano en las prácticas fotográficas de la «Escuela de Düsseldorf»*.

evocando quizás la primera época del territorio, y permitan un paisaje urbano que integre un concepto estético del campo con el de la ciudad.

Por último, con esta revisión histórica, se dio cuenta de las transformaciones del territorio a nivel social, cultural y económico, mostrando a su vez unos cambios drásticos en su paisaje urbano, que pasó de un contexto ambiental y natural a uno de tipo comercial y financiero. Toda esta línea de tiempo ha repercutido en la creación de un entorno variopinto, en el que es posible encontrar rezagos de todas las épocas que atravesaron el espacio físico y que son reflejo de planes territoriales que avanzan a medida de las necesidades de los habitantes del momento, sin tener en cuenta la historia de quiénes antecedieron; por lo que, se seguirá construyendo sobre ruinas y estas a su vez serán las ruinas de intereses que aún no llegan.

¿Cómo podemos contar nuestra historia desde los ojos los que nos antecedieron?

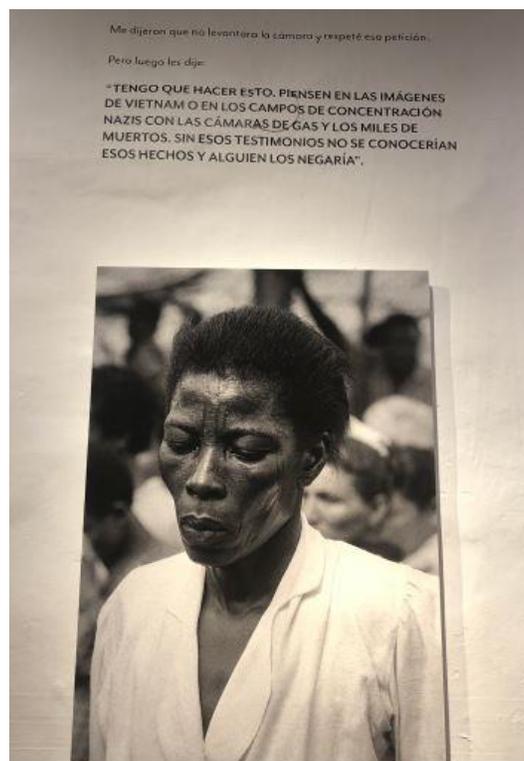
¿Es posible sentirnos cercanos a hechos que ocurrieron hace y varias décadas?

En el propósito de realizar un acercamiento a las respuestas de estos interrogantes, hay que tomar en cuenta dos maneras de registrar historias: el texto de crónica y la fotografía. Ambas cuentan con la virtud de ser fuentes testimoniales de los acontecimientos que forjaron un momento de la ciudad que, aunque ahora se encuentre desdibujado, siempre es posible retomarlo para comprender el presente, y porque no, el futuro.

También, la crónica, con sus características documentales, han permitido que escritores como Andrés Ospina hablen de la importancia de un espacio como la localidad de Chapinero y nos acerque a las diferentes maneras en que se ha configurado este espacio de la ciudad, por supuesto en una suerte de archivo desde lo que Guasch caracteriza:

Al archivo se le pueden asociar dos principios rectores básicos: la míneme o anamnesis, (la propia memoria, la memoria viva o espontánea) y la hypomnema (la acción de recordar). Son principios que se refieren a la fascinación por almacenar memoria (cosas salvadas a modo de recuerdos) y de salvar historia (cosas salvadas como información) en tanto que contraofensiva a la «pulsión de muerte», una pulsión de agresión y de destrucción que empuja al olvido, a la amnesia, a la aniquilación de la memoria.»⁷

Esta fascinación por contar la historia que nos antecedió, también hace parte de la intención por conservar hechos que han pasado desapercibidos o que la misma sociedad ha buscado desaparecer. En este punto resulta válido mencionar el que la escritora Alba Lucía Ángel en su libro “*Estaba la Pájara Pinta Sentada en el Verde Limón*”, haya hecho un retrato de la violencia bipartidista desde las zonas rurales y el Bogotazo, un archivo literario que pretende dar cuenta de los hechos y al mismo tiempo eliminarlos, pues en este tipo de arte “la memoria se borra a sí misma para no colapsar la psique, para no revivir aquello invisible: la memoria que ya no sepultara la herida a los bajos fondos de la mente.”⁸



⁷ Guasch, A. (2005). *Los lugares de la memoria: el arte de archivar y recordar*. Revista Materia 5. Barcelona. P.. 158..

⁸ Ibis. P.176.

Fotografía de la exposición "El testigo"

*"Soy periodista, soy fotógrafo y durante muchos años he utilizado las salas de exposición como una forma de narrar la historia de lo que nos ha pasado, en una sociedad a la que le da vergüenza mirarse en ese espejo roto que nos ha dejado la guerra. Hago imágenes con sentido de memoria no para guardar en un archivo de prensa; son fotografías sencillas, pero dignas y hechas a pie, como se hace el periodismo, y por eso tienen nombre y tienen rostro, para que podamos entender que ese dolor también debería ser el mío, que nuestra responsabilidad también es ayudar a solucionar esa historia trágica que ha ocurrido en el país"*⁹.

Jesús Abad Colorado.

En una elaboración similar se encuentra la obra fotográfica de Jesús Abad Colorado, quien en su exposición *"El testigo"* da cuenta del conflicto armado colombiano en cuatro series enumeradas y con un montaje literario que refuerza las acciones vividas en los territorios, entregando una fuerza única a las imágenes allí capturadas, suscitando de paso grandes emociones que permiten al espectador ubicarse dentro de los hechos ocurridos.

Es aquí donde es posible encontrar una relación tangible entre el trabajo de Abad Colorado y el de August Sander dentro de su obra *"Ciudadanos del Siglo XX"*, pues ambos trabajos muestran que *"La principal cualidad de la fotografía será su vocación realista, un tipo de realismo con vocación de superar lo anecdótico y de penetrar en la esencial y profundo de las cosas."*¹⁰.

De esta descripción de profundidad, surgen una serie de emociones que permiten comprender la importancia de crear archivos de memoria teniendo como herramienta las expresiones artísticas que se han consolidado por décadas dentro de las diversas regiones del mundo.

⁹ El testigo. Memorias del conflicto armado colombiano en el lente y la voz de Jesús Abad Colorado.

¹⁰ Guasch, A. (2005). *Los lugares de la memoria: el arte de archivar y recordar*. Revista Materia 5. Barcelona. P.165



3. August Sander, *Ciudadanos del siglo XX*, «Agricultores».



4. August Sander, *Ciudadanos del siglo XX*, «Comerciantes específicos».



5. August Sander, *Ciudadanos del siglo XX*, «Clases y profesiones»



6. August Sander, *Ciudadanos del siglo XX*, «Artistas»

Es importante resaltar que, dentro de estos trabajos de archivo, la clasificación de los objetos, imágenes o textos en seriales va a ser una de las características que permitan a los autores recrear de manera ordenada las situaciones que pretenden contar. Para el caso de Abad Colorado, su serie fotográfica se clasifica por regiones, tiempos y conflictos,

entregando a las personas una composición lineal temporalmente que permite relacionar los diversos hechos ocurridos y encontrar un contexto para cada uno de ellos.

Así pues, la memoria recopilada en estas series documentales les ha permitido a personas de todas las regiones y territorios del país, encontrarse de manera cercana con los actores que allí aparecen y generar un sentimiento de empatía; en una urbe en la que estas emociones no surgen de manera fácil con desconocidos.

Lo mismo ocurre con mi intención como artista, la recopilación fotográfica de lugares “olvidados”, casi en ruinas, marcados por el tiempo, característicos de Bogotá y Chapinero, en la búsqueda de una memoria de ciudad. Una mirada de belleza en un caótico predio.



21x17cm
Carrera Séptima
Serie de Fotografías
análogas

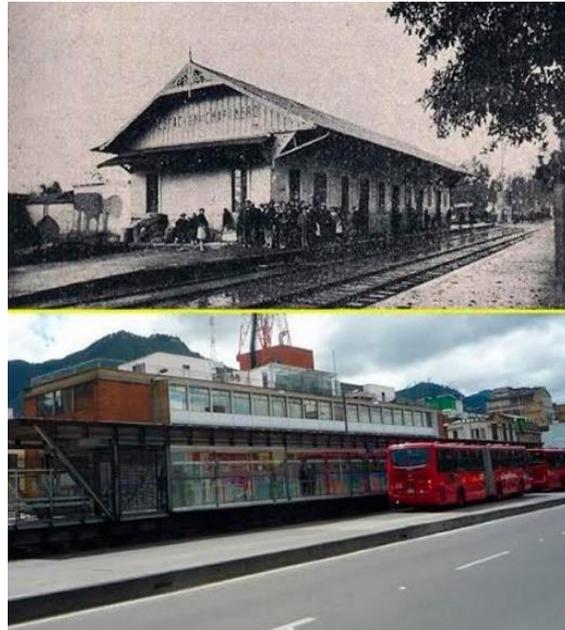
Entidades distritales como el Archivo de Bogotá, deberían hacer un esfuerzo por recuperar el acervo fotográfico de grandes artistas como Sady González, quién hizo parte de los reporteros gráficos más sobresalientes de la ciudad desde los años 40 hasta mediados de los setenta. Parte de su obra fue compilada en la colección “*Memoria fotográfica de Bogotá*” compuesta por 3 libros en los que se recogen 400 fotografías: Bogotá, años 40, El saqueo de una ilusión: el 9 de abril, 50 años después; y Bogotá, años 50.





Bogotá, según la fotografía de Sady González

La recopilación de sus fotografías se logró gracias a su esposa Doña Esperanza Uribe, quien archivó los negativos, en sobres numerados, marcados al respaldo con detalles de cada evento y una lengüeta con el número de negativos que trae cada uno. Fue ella quien organizó y cuidó el archivo fotográfico entre 1943 y 1979. Esta documentación original fue custodiada luego por uno de sus hijos, el periodista Guillermo González Uribe. En 2011 el archivo fue digitalizado, vendido a la Biblioteca Luis Ángel Arango y reposa de manera abierta al público. Este legado fotográfico ha sido posible gracias a la labor de archivo familiar y ha sido establecido como uno de los registros de memoria más amplios de la ciudad.



Comparativo Estación ferrocarril de chapinero

Las recuperaciones fotográficas de la historia de la ciudad, permiten a los ciudadanos del presente encontrar la importancia patrimonial de sitios en los que ha transcurrido una serie de historias familiares que generan un acercamiento y reflexión sobre la importancia de su conservación. A propósito, el artista Boltanski, afirma “(...) al aislar objetos de su contexto original (por lo general objetos de personas anónimas —desaparecidas, muertas o simplemente desconocidas—, documentos fotográficos de eventos familiares y anónimos objetos encontrados) y al hacerlos museológicos, lo que hace es rodearlos con un «aura» que transforma estos objetos en reliquias modernas.”¹¹

De aquí surge la noción de patrimonio material e inmaterial que, en muchas ciudades, entre ellas Bogotá, sigue teniendo un valor significativo para la consolidación de estrategias por la conservación de la memoria, que al final de cuentas es la historia de todos los habitantes. Este esfuerzo ha rendido frutos en algunos espacios como Villa Adelaida, ubicada en la calle 71 con séptima en Bogotá, en donde la inversión privada y el

¹¹ Guasch, A. (2005). *Los lugares de la memoria: el arte de archivar y recordar*. Revista Materia 5. Barcelona. P.177

apoyo institucional han jugado un factor importante para la conservación de una casa quinta que albergó a dos familias de arquitectos de la ciudad, además de ser uno de los grandes iconos arquitectónicos de la localidad.



Villa Adelaida, 2017 - 1921.

Pero no todos los esfuerzos han permitido que otros predios de Chapinero azotados por la ola comercial de los años 60, tengan una *reanimación arquitectónica*, casos relevantes son las fachadas de muchos predios que se encuentran deshabitados o en litigios jurídicos familiares, con lo que solo los archivos testimoniales o escritos permiten comprender su relevancia en el paisaje de la ciudad.

Así que mientras una recopilación oral ocurre, los registros fotográficos, el trabajo como artista que estoy realizando, entre otros tantos, que han hecho un esfuerzo personal por mantener viva la historia de los lugares y personajes que allí habitaron, son el mejor recurso para dar a conocer los hechos, reales o ficticios, que han construido una noción de localidad y de ciudad.

De esta forma, muchos espacios serán enunciados, a suerte de archivo memorial, a través de diversas maneras artísticas, lo que en alguna medida garantiza que no caerán en un impasible olvido. Foucault sostiene que: “El archivo es lo que permite establecer la ley

de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares.”¹²

Con esto, se constata una relación inseparable entre arte, memoria y archivo, y en ese camino de creación, son diversos los actores que participan, muchos de ellos como sujetos u objetos pasivos, y otros por el contrario serán los sujetos que den vida a todo el arraigo histórico y vivencial que configura el eclecticismo territorial de una ciudad como Bogotá. Esta relación, además, genera una conexión entre el pasado y el presente de todos los habitantes y transeúntes, con lo que se desatan emociones y sensaciones que involucran a extraños en los diferentes relatos de los espacios.

Mi trabajo...

Es aquí donde comienza mi trabajo como artista, mi intención es llevar los diferentes sitios emblemáticos de la carrera séptima, casas casi abandonadas, edificios en ruinas, donde atravesando chapinero vemos que hacen parte de las características de la localidad, usando la fotografía y el serialismo como método de expresión para llevar estos sitios ordinarios a todo un espacio de apreciación; de tal forma que la memoria de lo que son estos lugares entren a jugar un papel importante de lo que el tiempo ha hecho en Bogotá y que en un futuro dejen de existir y mi trabajo pasara a ser el archivo de una memoria que no querrá ser olvidada.

Presentando un material fotográfico en tipologías seriales busco alcanzar una visión estética de la arquitectura bogotana que se encuentra olvidada y convertida en “no lugares” invadidos de publicidad, grafitis y ruinas. Para este propósito, como referente de montaje tengo al artista Lewis Baltz, junto a más de 25 fotos, construyó toda una composición estética y analítica para la apreciación de la belleza en y entre “lo ordinario”.

¹² FOUCAULT (1927) *The Archaeology of Knowledge*. New York. p. 129

Desde que llegué a Bogotá siendo una persona emigrante estuvo en mí como artista el contemplar esta nueva ciudad, al observarla al tiempo que superaba el proceso como estudiante, empieza a crecer una necesidad de búsqueda y de emplear varios métodos para lograr expresar y traducir mi apreciación por Bogotá; todo lo que esta ciudad aporta a mi trabajo como artista.

Con ojos de extranjero, viviendo en una ciudad ajena, logro ver como los bogotanos los residentes de esta ciudad, tiene una experiencia totalmente opuesta a la mía y al verlos caminar yendo de un lado al otro, cumpliendo con sus rutinas, se genera en mí todo un cuestionamiento de cómo el habitante común percibe su ciudad. Al final, junto a los diferentes proyectos realizados en toda mi carrera como estudiante de artes logro llegar a un estado de contemplación y admiración, gracias al ejercicio a través del cual llevé toda la experiencia de caminar por la Carrera séptima a un estudio de televisión y proyectar en video un recorrido por la mitad de la séptima.

En este ambiente, se logra trascender, convirtiéndose en un momento de apreciación que permite dar cuenta de cómo todos estos pequeños detalles que conforman la ciudad, como los postes de luz, las casas viejas e incluso la misma basura regada por las calles, hacen en conjunto todo un paisaje urbano muy característico Bogotano.

Anterior a esto había trabajado con la fotografía análoga ciertos sitios específicos en los cuales la publicidad y el grafiti hacían parte de unos lugares abandonados por Bogotá y esto en conjunto con este proceso de la experiencia misma del recorrer la séptima, han creado en mí una fascinación por estos lugares donde la decadencia y la memoria de tiempos pasados empiezan a jugar un papel importante dentro del paisaje urbano. Casas donde uno se cuestiona si están abandonadas, edificios derrumbados, en ruinas, logrando una connotación característica y trasgrediendo en mí su percepción, pasan de ser lugares donde quizás vivan indigentes y se vuelven en lugares de memoria, donde la concepción de

ruina y catástrofe generan una connotación de belleza y atracción estética en mí, todo un cuestionamiento del tiempo pasado, la memoria de lo que alguna vez fueron.

Son lugares llenos de capas, en su momento fueron nuevos y modernos en su época, después pasaron a ser lugares donde el tiempo ha hecho de las suyas, decadentes con los años, la pintura se cae, el abandono llega y la ruina empieza a tomar lugar. Otra capa donde personas ajenas a estos predios se apropian e intervienen con grafitis, publicidad hasta el punto de llegar a invadirlos en su totalidad. Logrando una composición estética llena de detalles.

Finalmente, mi propósito se vuelve en ese querer fotografiar y registrar cada uno de estos sitios que hacen parte de mi cotidianidad al momento de salir de mi casa, para llevarlos a un espacio de contemplación y mostrarle al ciudadano común .que siente temor al pasar por estos sitios- con otros ojos la belleza del tiempo, la memoria y la ruina y que en un futuro cuando estos lugares se hayan derrumbado y reemplazados por nuevos edificios, llegue mi trabajo a ser el archivo y memoria de lo que alguna vez fue Bogotá.

Bibliografía:

Alonso (2006). La necesidad de la memoria. Ejercicios de Memoria. Buenos Aires, Argentina.

Anónimo (2016) La historia de Chapinero. Recuperado de: <http://cronicasdebarrio-bogotaantigua.blogspot.com/2016/10/historia-localidad-de-chapinero.html>

Augé (2000). Los «no lugares» espacios del anonimato. Editorial Gedisa. Barcelona.

Grigoriadou (2012). El espacio urbano en las prácticas fotográficas de la «Escuela de Düsseldorf». Revista De arte.

Ospina (2017). La historia de Chapinero. Recuperado de: <https://www.semana.com/contenidos-editoriales/esta-bogota-promete/articulo/la-historia-de-chapinero/547923>

Pérez (2000). Paisaje Urbano en nuestras ciudades. Recuperado de: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/bitacora/article/view/18810>
Archivo fotográfico del Archivo de Bogotá en línea.

Guasch, A. (2005). *Los lugares de la memoria: el arte de archivar y recordar*. Revista Materia 5. Barcelona.

Universidad Nacional de Colombia (2016). El testigo. Memorias del conflicto armado colombiano en el lente y la voz de Jesús Abad Colorado

Mayorga-Fontana Arquitectos + Margarita Roa (2018). Bogotá, según la fotografía de Sady González

David García-Amaya. (2017) Lewis Baltz, el paisaje postromántico en la fotografía – Crónica. <https://www.albedomedia.com/cultura/estado-del-arte/lewis-baltz-el-paisaje-postromantico-en-la-fotografia-cronica/>

KatariMag. El peculiar William Eggleston y su arte de fotografiar «nada». Recuperado de: <https://katarimag.com/eggleston-y-el-arte-de-fotografiar-nada/>

Eugène Atget, historia de un fotógrafo (2013). Recuperado de: <http://randomaccesphotos.blogspot.com/2013/08/eugene-atget-historia-de-un-fotografo.html>

Revista EXIT (2006) #24 – Ruinas

Meredith Mendelsohn (2017) How Gordon Matta-Clark Turned the Ruins of 1970s New York into Art.

GREGORY CREWDSON (2011). Sanctuary. Recuperado de:

<https://gagosian.com/exhibitions/2011/gregory-crewdson-sanctuary/>